

Corporalidades y resistencias a la violencia

*César Núñez**

*Nora Margarita Vargas Zuluaga***

*Josué Carantón Sánchez****

*Liliana Gallo Consuegra*****

*Elizabeth Gómez Etayo******

Resumen

Este capítulo representa dos grandes tendencias categoriales: las corporalidades y las acciones de resistencia a las violencias. En cuanto a la primera, se ubican el cuerpo como territorio y vínculo en las diferentes vivencias de los jóvenes, seguido por un análisis del cuerpo como tránsito a lo psicológico y social en el que se simboliza la experiencia relacional y la forma de construir vínculos con la cultura y las prácticas sociales que vivencian el riesgo, tanto como lo placentero, e incluso el vínculo con escenarios de lo violento y de construcción de procesos y acciones de paz múltiples. La segunda categoría alude a los procesos de resistencia a las violencias, las cuales enfatizan en la relación entre fútbol y ciudad. Al respecto se presenta cómo se desarrollan las resistencias simbólicas, directas y estructurales, como formas de representar opciones y salidas, que más allá de generar nuevos estigmas a lo juvenil y sus prácticas, representen otras formas de comprensión y de inclusión de estrategias de aproximación a las culturas, grupos y tendencias juveniles en

* Docente e investigador, facultad de Ciencias Sociales y Humanas, del Programa de Psicología, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: cnunez@udem.edu.co

** Docente e investigadora, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: nmvargas@udem.edu.co

*** Doctorando en Educación, Universidad de Salamanca, España; docente catedrático Facultad de Medicina Universidad de Antioquia. Correo electrónico: ilvar.caranton@gmail.com

**** Docente e investigadora del programa de Psicología, Universidad de Medellín, Colombia. Correo electrónico: lgallo@udem.edu.co

***** Docente e investigadora del Grupo Conflictos y Organizaciones, y directora del Instituto de Estudios para la Sostenibilidad de la Universidad Autónoma de Occidente. Correo electrónico: egomez@uao.edu.co

fenómenos diversos de violencia, conducentes a procesos de no violencia a partir de un escenario natural y recreativo como lo es el fútbol.

6.1. El cuerpo como símbolo y territorio

Se recurre a la figura metafórica del cuerpo como territorio, en cuanto a que ambos representan hábitat y vivencia, no solo de la violencia, sino también de los placeres cotidianos; del encuentro vital que liga a la experiencia grata como también a la más difícil. El paisaje geográfico y el cuerpo son como un documento resultado de una acumulación de vivencias en las que algunas aparecen intactas, otras modificadas o, incluso, otras desaparecen; la espacialidad es un instante de las relaciones sociales georreferenciadas en los jóvenes frente a la violencia y en la resistencia a la misma. La incidencia de la sociedad sobre una determinada disposición espacial y temporal representa también una forma de construcción social y cultural, que para el caso de lo juvenil reclama un escenario para existir lejos en muchos casos del estigma social que hace a muchos jóvenes sentirse en un terreno movedizo y escurridizo como opción les obliga camuflarse para poder ser.

Habitar un cuerpo y un territorio constituye razones sociales y simbólicas hechas con la huella histórica de la violencia puesta en la definición como algo casi sinónimo a lo juvenil en el medio contextual asociado a las barriadas populares en algunas ciudades colombianas. En sí mismas, las acciones históricas permiten visualizar un estigma histórico que cataloga, determina y graba en la memoria una razón de lo joven como sinónimo de violencia, mucha de ella anclada a la historia del narcotráfico y la huella aún viva de la imagen del narcotraficante Pablo Escobar como amo y señor de una tradición del narcotráfico que hace parte de la cultura, no solo antioqueña, sino colombiana.

Pero el cuerpo, no solo es territorio, sino lugar de convergencia simbólica de las experiencias que construyen las realidades, es el agente y el agenciamiento (donde nacen y se transforman, donde se dinamizan y donde interactúan) de prácticas y elaboración de sentidos, así como de las significaciones y procesos simbólicos que le dan lugar a lo cotidiano. El cuerpo es territorio habitado en el que se expresan los conflictos desde la subjetividad y las experiencias más cercanas, especialmente las del vínculo emocional y afectivo con el otro (Núñez, 2004). En el cuerpo se plasman las luchas, las pasiones, las angustias y las resistencias a las violencias; aquí no sólo lo dicho es palabra, también lo es la práctica y la expresión gráfica que determina en gran parte la expresión

de un cuerpo que desde lo violento de su contexto se percibe como violento en la acción, tal como se visualizó en los mapeos territoriales realizados con los jóvenes.

En las expresiones los jóvenes participantes frecuentemente plantearon que las autoridades de hecho casi siempre perciben cuerpos violentos en ellos, y que, de hecho, así son tratados, con violencia; no siempre un golpe con el bolillo es lo que molesta, sino con el "*jaque mate simbólico*" que se representa socialmente al afirmar que los mismos deben buscar algo mejor para hacer que contemplar el mundo y saborearlo en su naturaleza, al referir al consumo de drogas especialmente.

El consumo de las drogas ilícitas se relaciona de manera específica con el cuerpo y concretamente como cuerpo cultural (Lugo, 2003). Los jóvenes cercanos a las drogas han aprendido a autodeterminarse como excluidos, por cuanto, aunque tengan claras condiciones de participación social, por medio de acciones de resistencia a la violencia, puede más el estigma y el juicio social que los determina como drogadictos. Plantean los jóvenes que no importa, inclusive, cuántos expresen razones no violentas en las culturas del *hip hop*, el *grafiti* y el arte callejero; al respecto, un joven dice:

Siempre sentimos que nos miran distinto y el asunto del reconocimiento de la diferencia es aún una máscara y lente del cuidado y del riesgo del cual aún nos previenen los grandes. (Testimonio de un joven en Medellín).

De otra parte, es claro que el cuerpo refleja las resistencias contrahegemónicas del poder adulto y del control de los agentes de la seguridad ciudadana. Lo que se muestra en el mapeo de los conflictos territoriales que se viven cotidianamente a través de la representación en el propio cuerpo permite generar una explicación territorial del conflicto a través de la subjetividad corpórea, en cuanto aspectos como las fronteras invisibles como formas gráficas que controlan con símbolos el poder del territorio son una expresión muy clara de la relación cuerpo, territorio y violencia.

Por esta razón, al situarse entre el territorio y el cuerpo, el sujeto toma un punto central en tanto que es constructor de lo social y de lo urbano. Por ello, incluso, más que de territorios, se habla de territorialidades, pues abordarlas implica considerar aspectos económicos, políticos y culturales, íntimamente ligados a cómo los jóvenes organizan el espacio y dan significados a los lugares, y por lo tanto contribuyen a la reproducción de un determinado orden social a partir de símbolos que, no obedecen a lógicas violentas necesariamente.

Un fenómeno particular que apareció con frecuencia, tanto en los grupos focales, entrevistas e historias de vida, es la alusión a las bandas criminales como línea histórica aún vigente. Con conocimiento y claridad se expresa que este concepto corresponde a eufemismos inventados por gobernantes de turno, para no reconocer una problemática generalizada y emanada del paramilitarismo, ya que ni siquiera en el medio local se puede hablar de pandillas juveniles porque éstas fueron absorbidas por las estructuras de poder del narcotráfico. De hecho, la mayoría de las bandas se crean para formar una sensación de poder y control, entre tanto para muchos de los jóvenes, especialmente aquellos pertenecientes a grupos considerados violentos o de contextos proclives a la violencia, consideran estar ahí tratando de encontrar una familia que algunos nunca tuvieron. Este espacio se convierte en un lugar que pueden llamar suyo.

Los jóvenes manifiestan que pertenecen a algo que se aleja de una sociedad que diariamente les cierra las puertas y una economía de mercado que los margina y señala de poco productivos. En las historias de vida se reflejan casos jóvenes que de hecho pertenecen a esta vida de bandas; ello se convierte en lo único que conocen en cuanto a agentes de socialización y reconocimiento social en su desarrollo personal. En las entrevistas los jóvenes refieren que todo el mundo quiere sentirse necesario, protegido, abrigado y es precisamente allí donde se tiene la opción de ingresar a la línea de realización de prácticas violentas, que incluso son material de consumo de alta publicidad en los medios de comunicación:

Casi nunca se ve un programa de televisión que contenga violencia en Colombia que no tenga al menos un par de jóvenes dando bala.
(Testimonio de Joven en Medellín).

Esto es generalmente aceptado, valorado y genera cierta imagen de poder en muchos de los jóvenes y ello es aprovechado por los mass media para mostrar un mercado de audiencia alrededor de la relación cuerpo y violencia.

Dado lo anterior, en el sentido del espacio y el tiempo juvenil en el cuerpo como territorio y territorialidades se debaten las dinámicas de reconocimiento de juegos de lenguaje en el que se pasa fácilmente de imagen no deseada por los adultos a una condición casi idolatrada por los jóvenes, tal como es el caso de la corporalidad y las prácticas de resistencia a la violencia a partir del arte urbano y del deporte extremo, que bajo razones culturales y sociales discutibles se preguntan, por ejemplo, en el caso del *grafiti*, si es arte o delincuencia.

Dice Bourdieu (1999) que la historia en el sentido de las hazañas del cuerpo que habla gráficamente constituye la historia hecha cosa e imagen,

la cual es reactivada por una expresión donde la historia es hecha cuerpo, imagen y grafismos de la realidad. El cuerpo es el lugar donde se dinamizan y se interactúan prácticas y elaboración de sentidos de experiencia y vivencia, así como de las significaciones y procesos simbólicos que le dan lugar a lo cotidiano, entre ello lo violento (Body-Gendrot, 2005). "En la vida cotidiana nos encontramos sumidos en la experiencia sensible del mundo. Todos los sentidos se encuentran permanentemente en actividad, intercambiando conjuntamente sus informaciones en la conducción de la existencia". (Le Breton, 2001, pp 62).

El cuerpo es territorio habitado en el que se expresan los conflictos desde la subjetividad; en él se plasman las luchas, pasiones, angustias y las resistencias a la violencia. En el trabajo de mapeo hecho con los jóvenes se muestra el propio cuerpo como posibilitador de analizarnos al entenderlo como un territorio en disputa, confrontación, crítica y autocrítica, en el que la hegemonía del sistema económico y político lo trata como una herramienta explicativa hacia fuera, pero también obliga una mirada autorreflexiva porque exige ubicarse de forma corporal en los conflictos territoriales, tal como se puede ver en las fronteras invisibles y las resistencias contrahegemónicas territoriales (Fluri, 2009). Así, en el cuerpo se refleja también el mapeo de los conflictos territoriales vividos a través de la subjetividad corpórea vuelta acción, creación, experiencia vital.

Al situarse entre el territorio y el cuerpo, el sujeto toma un punto central en tanto que es constructor de lo social y de lo urbano específicamente. Por ello, se reitera la relación de un paso del concepto de territorio al de territorialidades ligados a cómo las personas organizan el espacio como significados socioculturales y por lo tanto contribuyen a la (re) producción de un determinado orden social (Haesbaert, 2004). Las territorialidades son una construcción cultural que se apropia de la tierra simbolizándola, marcándola con el cuerpo e incorporándola hasta hacerla acción (Barron y Bradford, 2007). El cuerpo que se percibe culturalmente en los jóvenes, es más que violencia, es resistencia a la misma por medio de acciones simbólicas como el arte urbano, la música, el deporte extremo, entre otras (Darder, 2010a; Hustvedt's, 2011).

6.2. El cuerpo como vínculo en escenarios de violencia y acciones de paz

Los significados que se logran construir frente al cuerpo en los jóvenes participantes y su relación con la violencia, vinculan su contexto de experiencia y las diversas acciones e interacciones propias de ella, en el que simultáneamente pasa de la funcionalidad a posibilidad de vínculo con lo simbólico y psicológico

en el marco de la relación individuo, grupo y contexto. El cuerpo se ve como lugar al que se dirigen y a partir del cual se orientan acciones que se cree tienen que ver con la violencia, pero también con las estrategias de paz.

El cuerpo también es vínculo con el otro, con la imagen de utilidad y con la posibilidad de dominio y manipulación que desde este se puede ejercer en el encuentro con el otro, tal como lo muestra Núñez (2004) respecto de vínculo afectivo-corporal en el encuentro de género y lo que se ha visto históricamente como un aprendizaje y pedagogía del cuerpo. El cuerpo significa instrumento y herramienta para la experiencia asociada a la violencia, donde lo físico trasciende a lo psicosocial en términos de la vivencia de la experiencia de la violencia y acciones de paz. Si bien lo que se considera en muchos casos es que las prácticas de paz son poco evidentes, especialmente en los grupos sometidos a condiciones muy violentas, existe una concepción de no violencia que integra la mente con el cuerpo; las emociones y el afecto y le dan un valor a la vivencia de la violencia más allá de lo físico (en la hermandad de combos, pandillas y grupos seguidores del fútbol, llamados antes barras bravas), aunque para definirla particularmente, lo que emerge es en esencia y paradójicamente una condición de agresión real al otro.

Para los jóvenes la forma de estar frente a la violencia con acciones de paz refleja en el cuerpo la amistad, el desencuentro y el dolor de dañar o ser afectado por el otro como una forma de expresar que el dolor enseña y que las huellas de la violencia, no sólo marcan el paso del tiempo sino la existencia misma de un cuerpo tatuado con la misma. El mundo afectivo y emocional de los jóvenes es soporte para vivir la experiencia con las condiciones diversas con las que se enfrenta, en la que aún el estigma representa los discursos de una alta parte de la población que desea jóvenes adaptativos y profundamente anclados a los valores ideales, lo que contrasta con lo distante frente a las normas sociales y reglamentos y de las exigencias académicas y de todo mecanismo de idealización de su lugar; de lo que ellos denominan "trampas del contexto" que no generan mucha credibilidad como referentes adultos o institucionales.

Respecto de las acciones preventivas de la violencia, el cuerpo aparece como lugar físico e intermedio que vincula la intención preventiva de la violencia que evita el dolor físico, pero que distancia de experiencias, que, aunque riesgosas, mueven el imaginario de jóvenes vitales y casi inmunes al daño e incluso a la muerte. Así, en las concepciones de acciones de prevención aparece la noción de cuerpo como el lugar donde se refleja el cuidado y la conciencia de él, relacionados ambos con lo funcional y que sirve para definir lo inadecuado que representa un cuerpo violento frente a uno no violento. Así

el cuidado se observa desde la necesidad de verlo asociado a la vivencia no violenta en un contexto, por lo que no preocuparse por este representa una forma considerarlo violento y amenazante.

Esta concepción no esta afirmando que sea parte de los jóvenes el reconocimiento y apropiación de las prácticas y acciones frente a la paz o resistencia a la violencia y que tengan el cuerpo presente para cuidarlo, este más bien se considera como parte y elemento de los comportamientos cotidianos, donde se puede presentar lo riesgoso y afectante pero también lo placentero, lo que puede representar el cuerpo lejos de lo social y culturalmente aceptado, como lo es vivir el peligro y el riesgo frecuentemente asociado a la adrenalina que permite sentir el acto violento, sentirse vivo y en acción.

Valorar el cuerpo es en sentido contrario a restringirse de todo lo que pueda dañarlo, pero ello es algo muy idealizado para los jóvenes por cuanto evita tener sensaciones intensas y más placenteras (la sensación psicológica es más poderosa que la acción del autocontrol y autocuidado). Los límites del cuerpo no son los del contexto, por esta razón el cuerpo funciona como referente de la acción y se convierte en marco de relación con el otro cuando ingresa a la territorialización de su significado, esto es, expresión de dominio, control, fortaleza, todo ello asociado con acciones violentas reconocidas y avaladas por el otro como formas de reconocer el poder y el dominio del territorio. De aquí nace la tendencia por la cual se explica la acción conflictiva y de confrontación como forma de encuentro de corporalidades y territorios en el caso de pandillas, barras y grupos afines de orden sectorial en algunos barrios de las ciudades de Medellín y Cali.

Tal alusión puede explicar que el abuso y exceso de drogas, la violencia y el riesgo son formas de encontrarse con el cuerpo como un lugar donde no se tienen claros los límites del cuidado y la responsabilidad, y que obedecen a una posibilidad en gran parte corporal, donde la violencia es adrenalina pura que hace sentirse vivo, aspecto que no es coherente con las acciones y comportamientos que pueden favorecer una tendencia no violenta, la cual permite ver una forma de representar que cuidar el cuerpo del daño es evitar las prácticas violentas.

Así, las búsquedas centradas en acciones pacíficas constituyen más una cercanía al patrón adulto que a la lógica propia de jóvenes como acciones y prácticas de paz, que en su naturaleza calculan poco el riesgo, el peligro y el daño presente en la violencia. De este modo se encuentra que, las estrategias relacionadas con las prácticas pacíficas, no obedecen a la búsqueda y al mantenimiento de la paz y convivencia de forma directa, y aunque si son

reconocidas como importantes, no son parte de su vida más cotidiana en sus acciones explícitas de convivencia y resolución de conflictos, lo que permite ver como socialmente cada vez es menor el límite de la tolerancia y vínculo de negociación con el otro, aspecto frecuentemente presente a nivel cotidiano en la riñas de barrio, donde se da el paso de la palabra negociadora a la acción lesiva física en unos pocos segundos.

Las prácticas de convivencia pacífica como acciones de paz constituyen la estrategia particular para lograr un bienestar colectivo que es reconocido como importante pero muy difícil de lograr, porque se percibe que entre los mismos jóvenes creen que el problema de la paz y la convivencia es un problema de las instituciones o de los adultos que hacen parte de las mismas.

Ahora, el cuerpo como vínculo, es contacto y encuentro con la violencia y también con las prácticas de paz, es lugar para experimentar y con qué experimentar en el mundo de las drogas, pero también en el deporte, el arte y la emocionalidad como ejes centrales en la construcción de la identidad juvenil.

Una diferencia entre hombres y mujeres es la concepción de construcción de paz relacionada con el cuerpo y con la expresión de las formas y prácticas cotidianas lo cual tiene que ver con la forma en la que se expresa y se simboliza para unos y otros. El vínculo del cuerpo con las acciones de violencia permite ver lo femenino como algo más mediador que lo masculino, sin embargo, ello se tiene claro que tal condición no significa que se estipule una perspectiva y estereotipo romántico de lo femenino, pues se reconoce claramente que la violencia en una construcción cultural y social proclive a ambos géneros.

El cuerpo es contacto y soporte para experimentar el peligro, para lo cual este se convierte en un instrumento del placer y vivencia en el que la energía se puede proyectar de forma desmedida hacia la violencia; el cuerpo es relación con el otro y con el contexto de la vida de los jóvenes. La distinción en la concepción del cuerpo en escenarios de alta violencia respecto a otros contextos, se expresa en la naturaleza de exposición a nuevas experiencias con él, como lo es el riesgo mayor de morir, el uso y tipo de artefactos que diferencian roles de violencia, tal como las armas, los diversos modos de expresión que dan estatus a los roles como ocurre con el vestuario, los tatuajes, las marcas o cicatrices; el cuerpo se vuelve la dramaturgia, tanto de acciones violentas como de acciones de paz.

En este aspecto puntualmente el cuerpo es imagen y no siempre esta relacionado con acciones de paz, ello por cuanto en el encuentro con el otro la preocupación cotidiana por la imagen y el poder lleva a acciones que pueden no estar cerca de la construcción de convivencia y paz, ya que ponen

la imagen de poder por encima de lo considerado pacífico, y en la lógica de socialización juvenil el fenómeno de presión de pares, frecuentemente llega a que los *buenos* se vuelvan *malos* y no al contrario.

De cierta manera, esta lógica de la vivencia de la violencia y no violencia en los jóvenes, puede relacionarse con una estética corporal que autorreferencia una imagen y roles que se circunscriben a los modelos dominantes de jóvenes fuertes y casi invencibles a todo riesgo y peligro, que incluso son vendidos por la publicidad y los medios de comunicación en series famosas profundamente acogidos como "*La vendedora de rosas*" o "*La virgen de los sicarios*", en las que los héroes no son los criterios éticos y morales, sino las condiciones de imagen y fortaleza que inspiran jóvenes como figuras casi intocables bajo el poder protector de las armas que evitan todo daño posible.

Pocos de los jóvenes, sobre todo en el caso de condiciones altas de violencia, consideraron que su actuar realmente fuera una amenaza para su propia vida. Se trata pues de una estética corporal a partir de la cual se actúa la violencia con una percepción básica de contacto con el otro como imagen real a partir de la cual interactuar y ser, y no tanto pensar consecuencias. El cuerpo es una estructura física y simbólica que tiende a descartar las lógicas adultas e institucionales que rodean la necesidad de control y ausencia de riesgo y peligro a través de la pretensión de bienestar.

Desde la concepción de vínculo de lo joven con lo adulto, una estética corporal puede integrar el cuerpo como una imagen ideal que se mantiene en ambos y que significa una forma de mantener el control con la idea de sentirse parte de procesos ideales de convivencia y paz. Ello hace que la corporalidad relacionada con la imagen de pacificación bajo patrones de adecuación se rompa frente a la lógica de lejanía a los adultos, por cuanto las actitudes juveniles suelen ser más reactivas, poco recatadas y más abiertas a la expresión y apertura, lo que en contravía a la convivencia pacífica se convierte o tiende a convertirse en violencia. No es posible ver los fenómenos de la violencia, e incluso las acciones de paz lejos de la corporeidad. De hecho, lo primero que se vincula a las acciones de paz como de la violencia, es esencialmente un cuerpo que comunica, traduce y conduce acciones violentas y de paz en el orden simbólico, material y comportamental.

Este aspecto es visto con mucha claridad en los jóvenes participantes, en los cuales la corporalidad es el discurso. Las palabras son cosa más de los adultos que de los jóvenes. Estos expresan que de cierta manera "están aburridos" de tantas palabras de paz y de conflicto, y que lo mejor es emprender literalmente acciones de paz por medio del teatro, la música, la poesía, el

deporte (no como competencia y habilidad sino como existencia), el grafiti, e incluso los consumos de algunas drogas con fines socializantes y recreativos son aspectos que no siempre son entendidos por los adultos, para quienes la presencia de los anteriores aspectos es ya una imagen de violencia, riesgo o daño potencial, tanto individual, social y cultural.

En consonancia con lo expuesto respecto al cuerpo psicológico y social, se hace referencia a que este se ve como lugar al que se dirigen acciones que se cree tienen que ver con la violencia como una estructura física de ajuste adaptativo (Barron, et al., 2007), que además tiene pocos temores y tiende a arriesgarlo todo. De esta manera, el cuerpo se significa desde la funcionalidad como aparato físico que se encuentra en óptimas condiciones para poder experimentar nuevas experiencias y vivir en muchos casos las expresiones de violencia (Payne y Wattchow, 2009).

El cuerpo también es vínculo con el otro y posibilidad de dominio y manipulación, especialmente desde lo femenino como una forma de lenguaje y seducción, con un carácter que incluso puede frenar las acciones violentas en términos de que un cuerpo femenino suele ser más convincente y sugestivo frente a la identidad masculina (Sundberg, 2014), lo cual significa un criterio psicológico en esencia porque se define desde la comunicabilidad, la afectividad y la emocionalidad (Merrilees et al., 2014).

Ahora, en tanto cuidar del cuerpo de la violencia es algo más femenino en cuanto es menos proclive a la vivencia violenta (Sundberg, 2014), bajo esta perspectiva el cuidado se relaciona con la evitación, mas no con la consideración de seguir valores sociales o tener patrones éticos claramente definidos que guíen la vida juvenil; se trata más de una concepción de valoración del cuerpo con acciones restrictivas del placer y de los peligros (Payne et al., 2009), que en sentido contrario significan exceso y acciones de riesgo, donde el abuso de drogas y la violencia son formas de encontrarse con el cuerpo como un lugar sin límites del cuidado y la responsabilidad (Ahern et al., 2007). Un cuerpo cercano a la violencia es cercano a las prácticas riesgosas y de exceso, sin límites. Las búsquedas del cuerpo centradas en lo pacífico, constituyen más una cercanía al patrón adulto que a la lógica propia de jóvenes como acciones y prácticas de paz, poco tendientes a calcular el riesgo, el peligro y el daño presente en la violencia, lo cual puede ser entendido en ellos como una tendencia hacia factores protectores frente a la violencia (Sabina et al., 2015).

La anterior noción de cuidado finalmente tiene que ver con el cuerpo como vínculo en escenarios de violencia y acciones de paz, por cuanto el cuerpo es quien contacta con la violencia y las prácticas de paz. La violencia, el deporte,

el arte y la emocionalidad son imagen, instrumento de lenguaje para la acción con el cuerpo (Darder, 2010a); este es lugar de dramatización de la vida en sus diferentes roles e imaginarios (Barron et al., 2007). El cuerpo representa una herramienta para la acción de paz como para la acción violenta.

6.3. Resistencias simbólicas, estructurales y directas. Fútbol y ciudad

En esta categoría se muestran las resistencias como expresiones de paz, vistas desde la relación de fútbol y ciudad, en la que se encuentran propiamente las resistencias simbólicas, directas y estructurales. Bajo tal criterio, es muy claro en las experiencias de los entrevistados que no todo concepto de barra se relaciona con la violencia. Ello corresponde naturalmente, a una distorsión evidente, dado que las barras del fútbol no se agotan en la violencia más si en las múltiples representaciones de unión y afinidad. Tales agrupaciones existen hace más de dos décadas, y han sido definidas como *barras bravas*, *barras futboleras* o *hinchadas populares*. Estas son organizaciones de jóvenes que actúan como un mediador entre ellos y el equipo.

Las *barras* integran las pasiones y canalizan las acciones de los hinchas, dando origen a procesos de apropiación particulares, no solo del estadio sino de la ciudad en su conjunto como una forma de vivencia, que incluso puede expresar la emergencia de nuevas ciudadanías (Niño et al., 2017), y frecuentemente tratan de rescatar en diversas acciones vestigios de la memoria histórica que les ha señalado como vulnerables y violentos socialmente (González, 2017; Ruiz y Vásquez, 2017).

Muchas de las expresiones de este tipo de fenómenos, fácilmente transitan de la legalidad a la ilegalidad, y operan como un motor poderoso que conecta las subjetividades de jóvenes que viven en el margen de lo establecido o definido como *normal* por la sociedad y sus instituciones.

¿Pueden los barristas ayudar a cambiar las acciones violentas de sus barras? ¿Pueden crear algunas resistencias a estos comportamientos violentos?

La pregunta se empieza a resolver con respecto a la comprensión de la búsqueda de sentido de vida en las barras por parte de los jóvenes, en cuanto sentido afinidades y a su pasión por el fútbol donde sienten que el equipo y su barra los representan en su totalidad. Los jóvenes relacionan su barra con la familia, la amistad, la lealtad y el compromiso de alentar y seguir a su equipo que es el principal objetivo, en tales casos muchas veces se ciegan por él y son capaces de atentar contra la vida de otro ser humano por el hecho de no pertenecer a su equipo o poseer otros símbolos distintivos.

Partiendo de este contexto se visualiza cómo el fútbol es el reflejo de nuestra sociedad. La simbología de las barras en el fútbol colombiano es un híbrido en el que se mezclan elementos de lucha de clases, tendencias musicales, políticas, modas y copias de expresiones de otros países que, a veces, no permiten una identidad clara. Las barras son masas primitivas que en la mayoría de casos no ofrecen una jerarquía, porque no aceptan claramente la regularización de ideas y pasiones. A continuación, se alude a los tipos de resistencias.

Resistencias simbólicas: Los jóvenes en las barras del fútbol se agrupan para vencer el miedo y la individualidad, resignificando y habitando espacios que las violencias les niegan o les ha quitado. En algunos casos esos lugares no son sólo los sitios públicos o desconocidos, sino también las formas de apropiación de los espacios domésticos.

Por lo anterior, para comprender tal condición hay que advertir la importancia que las colectividades tienen hoy entre los y las jóvenes de manera simbólica (Feixa et al., 2007), porque ello constituye la base histórica de su modo de estar y ser en el mundo. Allí sus prácticas, expresiones y hechos son lo que les permite apropiarse de una historia que habitar una ciudad, un espacio, y una memoria a la cual acudir para no desdibujarse o perder su noción del Yo en el entramado de lo público y representación de lo colectivo (Ruiz y Vásquez, 2017; Jiménez, 2017).

Las colectividades físicas y virtuales se convierten en el referente de ciudad para estos jóvenes y les dotan de una historia e identidad; por ende, si en su búsqueda de un lugar en el mundo se adscriben a una colectividad que alberga violencia cultural, posiblemente su expresión de ciudad va a ser violenta; pero si por el contrario se adhieren a colectivos pacifistas opositores a las expresiones violentas estructurales o culturales, su camino será la no violencia.

El ejemplo que mejor se presta para describir este panorama es lo que se vive dentro de las barras; por un lado están barras bravas que han sido reconocidas por su capacidad destructora, sus actos violentos y sus enfrentamientos entre hinchas que llegan incluso a darse dentro de los seguidores de un mismo equipo, convirtiendo el encuentro deportivo en una expresión belicista y por otro lado, está el carnaval y todas las expresiones artísticas que se evidencian en la celebración durante el juego y en los momentos de animar al equipo. Ambas son dos caras de una misma moneda que constituyen formas de destruir simbólicamente al rival representado en todo aquel que se aleje de la propia interpretación del ser hincha, ya sea anulando las expresiones artísticas

del otro o agrediendo y haciéndolo desistir de ir al estadio. A veces el otro es alguien que se viste con la camisa del mismo color pero que se convierte en el enemigo por no celebrar del mismo modo, ni vivir la fiesta en los mismos términos, e incluso tan solo por darle mayor importancia al trapo (bandera) que exhibe el nombre de otro barrio o sector de una ciudad.

El apoyo decidido desde jóvenes hinchas guarda una sintonía con la lógica de ciudad, territorio e incluso con razones sociales y culturales que son históricas y que explican en parte la rivalidad y la confrontación. Pero aun en las propias barras a su interior existen muchas disidencias que corresponden a grupos que se autoexcluyen o han sido segregados por no seguir los mandatos que se viven en las mimas hinchadas de más renombre en cuanto al deber ser de un hincha.

Los colectivos de las barras del fútbol son grandes colectividades que agrupan tendencias y que reflejan condiciones que buscan diferenciarse del resto, de forma tal que ello se refleje, por ejemplo, en tener el mejor canto del país, la mayor o menor fidelidad por el equipo, tener las mejores condiciones instrumentales para seguir al equipo, entre otras. Hay pues múltiples facciones y tendencias de las hinchadas, de las que cada una tiene su historia de lucha para no desdibujarse en el anonimato y ganar reconocimiento entre los demás hinchas, unos gracias a su alegría y otros a su ira, y en muchos casos en la intolerancia de la diversidad que pueden terminar incluso con la muerte de su opositor, pero en muchos casos hasta del propio miembro de la barra en la lógica de la exacerbación de las emociones y la pasión que no mide consecuencias de convivencia y de respeto al otro.

Aquí la resistencia no es más que disidencia, si el deber ser de un hincha es anular al otro de forma violenta o carnavalesca, se expresan actos de resistencia al otro y contra el otro, lo cual es contradictorio. Sin embargo, también existen resistencias simbólicas en las que grupos de barras sobresalen por otros medios como *Hinchas por la paz*, lo que se ha convertido en parte de un plan de gobierno y es prácticamente un voluntariado en los entes gubernamentales a través de las secretarías de juventud municipales, que abren constantemente espacios para que los jóvenes de las barras puedan crear acciones de paz, no solo en torno a la cultura del fútbol, sino que también en otros escenarios locales en los que participan de los foros de ciudad, charlas en los colegios y talleres de convivencia, los cuales abogan por la cultura del desarme y la no violencia de manera pública (Valencia, 2017a,b), e incluso han conformado Mesas Pedagógicas y de Convivencia en el Fútbol, la cual es fundamental para la planeación, desarrollo y mantenimiento de la seguridad y convivencia a la par de los encuentros del fútbol en la ciudad.

Resistencias directas: El punto de partida para develar las formas de resistencia que se manifiestan en la cotidianidad son todas expresiones libertarias que se evidencian en el cuerpo como un espacio privado que se expresa y proyecta abiertamente hacia lo público, lo cual implica principalmente la noción de un sujeto orientado hacia la individualización y la construcción de un sí mismo que se formula a partir del propio sentido de la vida generando una necesidad constante de autoafirmación que se da a través de dinámicas como el exhibirse y compartir, e incluso anular al otro.

Es en este contexto en que el cuerpo emerge como lugar inicial de las memorias; la mayoría de los jóvenes ha decidido usar su cuerpo como el primer espacio para responder a la violencia. Vestirse, adornarse, tatuarse, peinarse y rodar por el mundo es una oda a la libertad (Zuluaga y Vélez, 2013), una expresión de resistencia individual que ahora se complementa en la posibilidad de mostrarlo masivamente al mundo a través de las redes sociales.

Emerge entonces el cuerpo como espacio habitable, seguro, lleno de libertad en contraposición con un mundo regulado que no les pertenece y que además no desean, porque es excesivamente reglamentado y normalizado, como es casi siempre el caso de los adultos.

La proliferación de las marcas del cuerpo es un ejemplo de la simbología del cuerpo que denota una historia y un sentir. En la ciudad es evidente en la cantidad de jóvenes que entre los 18 y los 28 años están tatuados, tanto, que ya no es un tabú en las universidades ni es una práctica restringida a personas que no tienen futuro, tal como manifiestan los jóvenes solían ser catalogados por los adultos hace unas décadas; este modo de usar el cuerpo como lienzo es quitarle poder a los estamentos tradicionalistas y moralista sobre el espacio y el tiempo del cuerpo viviendo una alteridad emerge en la interpretación que el propio sujeto hace del Yo, e incluso de su noción de futuro reflejado en las imágenes que acompañan sus deseos y sentires frente a una imagen o agrupación o equipo que los representa.

Igualmente, en la riqueza de la vida de barra se observa la diversidad de género y las múltiples formas de ejercer la sexualidad cada vez de manera más pública; también da cuenta de esa intención de vivir el cuerpo en una dirección que se aparta mucho de los roles de género establecidos desde la hegemonía paísa representada un poco en el poder la masculinidad. Tal es caso de las nuevas masculinidades que van más allá de la típica versión de hombres que no encajan ya en el estereotipo del arriero machista, y que reflejan en el actuar y ser una lógica y naturaleza comunicativa simbólica distinta, más cercana a la sensibilidad que a la tradición normativa y dureza masculina.

Estas alteridades dan cuenta de manera inmediata de esa búsqueda incesante de libertad; permiten ver un lenguaje a través del cual los jóvenes expresan su individualidad frente a un orden donde para muchos expresar su opinión significa morir, ser judicializados o convertirse en un desaparecido más. Lógicamente, es mejor no arriesgarse en la calle para hacer público su inconformismo y resistir directamente a lo que les molesta haciéndolo público en muchos casos desde el mundo virtual, el cual resulta igual de potente como también más seguro.

El cuerpo es entonces por excelencia el territorio de autonomía y libertad de los jóvenes, con un interés siempre presente de hacer pública su opinión y sensibilidad que permitan vivir y habitar el cuerpo con confianza y sentido social, simbólico y cultural; a partir de él se transforman lugares de la memoria arraigada a la historia personal que resultan ligados a los procesos históricos y colectivos, porque adscribirse a un proceso otorga al joven una identidad colectiva y enlaza sus recuerdos, vivencias y prácticas a las de sus pares.

Resistencias estructurales: Existe por lo menos un tercer plano de estas resistencias, fundamentado en la relación que cada joven decide entablar, más allá de la identidad colectiva o cultural, con su entorno. En consecuencia, aún en contextos de violencia cultural, y/o perteneciendo a colectivos que albergan distintas formas de violencia, es finalmente el individuo quien determina si elige actuar como su contexto ético le exige, o no. Es decir, la resistencia en un primer momento es individual, pero si además ese individuo encuentra entre sus pares otros que tomen la misma determinación dicha resistencia será colectiva.

De estas juventudes pacifistas hay mucho qué decir, aunque de entrada llama la atención su desinterés por figurar públicamente en el panorama sociopolítico de la ciudad, y como ejemplo de una supuesta indolencia en este grupo etario cabe preguntarse por la suerte de los prácticamente desaparecidos Consejos Municipales de la Juventud - CMJ. Una pregunta que puede dar a otro tipo de estudio en la historia de los jóvenes colombianos y su sentido de acción política.

Muchos colectivos de jóvenes habitan el anonimato y son casi inaccesibles para el mundo adulto (González, 2017); no salen a luz pública, se mueven entre renglones y poseen sus propios metalenguajes. El parche de la esquina no existe ya para este tipo de jóvenes, al menos no en el mundo físico, y esto podría justificarse en principio porque la mayoría habita primero internet de manera individual para conocer ese mundo que posteriormente visitarán y que recorrerán en compañía de los pares encontrados a través del mundo virtual.

Aliarse y adscribirse como grupo anónimo en estos tiempos resulta además ser una lucha frente a las violencias, es una forma de resistencia que supone al grupo como cuerpo social y genera una seguridad para las personas, y más aún para los jóvenes en su paso de lo individual hacia lo grupal generan nuevas formas de ajuste social. Este es el caso de las casas de encuentro, de los espacios en los que confluyen escenarios culturales y simbólicos en las ciudades que dotan al individuo de una seguridad de grupo, pero también de agencia y memoria.

Resulta claro en este aspecto la decisión del sujeto, que es quien decide ser simplemente un espectador o un participante de los movimientos sociales (Valencia, 2017b); en las ciudades existen suficientes ejemplos de ello como para estar seguros que no se trata de hechos aislados, sino que se está generando una red de colectivos que de manera independiente permiten al individuo hacer frente a la violencia estructural que les somete, como una forma de protesta simbólica frente a la misma (Lopera, 2012).

Se podría decir que esta es una expresión de resistencia frente al triángulo de violencia que se genera al interior de la cultura urbana, y en su interior jóvenes y adultos de diferentes clases sociales se han dado a la tarea de construir una subcultura de pacifismo que les permita vivir su cuerpo libremente sin ser estigmatizados.

Ejemplo de ello, es corporaciones culturales como *Nuestra Gente* en la comuna 2 de Medellín, que ajusta cerca de tres décadas acogiendo en el interior de una casa amarilla generaciones de jóvenes que, no solamente lograron escapar de la violencia, sino que aprendieron a no temerle y a vivirla a pesar de que el conflicto armado “les respiraba” en el cuello, dándoles nuevos referentes de una ciudad que les negaba un papel en su historia.

Igualmente sucede con *Picacho con futuro*, en la Comuna 6, su territorio es un referente de los jóvenes que “no le copian” a los violentos, que se “sacuden” del terror y salen a hacer la ciudad desde acciones pequeñas pero que inciden en la cotidianidad de sus barrios, que se oponen de manera pacífica pero poderosa a la guerra que amenaza con tomar para sus ejércitos a cada joven y niño. En *Picacho con Futuro* se brindan servicios de información, formación y recreación para personas de la comuna y constituye un espacio que genera oportunidades para los habitantes de los barrios facilitando el diálogo e intercambio de saberes.

En la Comuna 13, varias organizaciones han hecho presencia en las últimas décadas, de las cuales hay tres ejes fundamentales que han impulsado a la juventud hacia lugares de no violencia, reconciliación, resistencia y de

incidencia comunitaria o desarrollo territorial en esfuerzos que muchas veces no están acompañados por entes gubernamentales ni tampoco reciben apoyo económico directo de cooperación internacional, pero logran auto-gestionar, no solo recursos, sino también estrategias para llegar cada vez a más jóvenes que poco a poco le dicen no a la violencia y a la guerra.

La Casa Morada es un lugar de utopías hechas realidad, un lugar de resistencia, de creación y de movimiento, donde la palabra juventud deja de ser una categoría abstracta y se convierte en dinámica de transformación, que ha logrado abrirse un espacio en medio de la violencia y le ha dado sentido a una juventud que hace cerca de tres décadas escuchaba proyectiles de AK-47 como canciones de cuna.

La Asociación Cristiana de Jóvenes - ACJ, movimiento Ecuménico fundado en Londres, que se basa en el voluntariado y en el hermanamiento de las diferentes ACJ a nivel mundial y que es mejor reconocida por sus siglas en inglés YMCA, hace presencia en la Comuna 13 desde principios de este siglo y acompañó a los jóvenes a vivir el dolor de las operaciones Orión, Mariscal y muchas otras que significaron una reducción importante de este grupo etario desde 1998 al 2008, especialmente.

La ACJ ha impulsado estrategias de rescate de la memoria y ha generado espacios donde los jóvenes de la comuna pueden encontrarse de manera segura y expresar sus ideas, miedos y sueños sin ser condenados por ello. Su papel ha sido fundamental debido al acompañamiento dado a líderes juveniles de la zona y en general de Medellín para dotarles de herramientas discursivas que les permita hacer resistencia desde el lugar de la acción con argumento.

Precisamente, uno de los grupos que ha tenido relación con la ACJ en sus inicios, pero que hoy trabaja de manera independiente impulsando sus propias acciones pacifistas y culturales, ha sido Red De Hip Hopper La Élite (Comuna 13). Este es un colectivo que surge hace más de diez años como una apuesta juvenil por la paz y la no violencia, a través de la cultura *Hip Hop* en esta comuna. Conformada por artistas y gestores culturales juveniles de agrupaciones de *DJ*, *Rap*, *Graffiti*, *BBoy* Y *Bgirl* ha definido incluso un plan estratégico enfocado en 6 líneas de trabajo: fortalecimiento organizativo, profesionalización y formación, participación política, promoción de la equidad de género, posicionamiento y auto sostenibilidad, de donde han emergido proyectos como la Escuela de *Hip Hop* "Casa Kolacho", entre otras.

En la Casa Kolacho a partir de la cultura *Hip Hop*, se logra comprometer a los niños y jóvenes de esta comuna en otras lógicas del territorio que dejan de lado la guerra y se dedican a resignificar el mundo que habitan, propiciando

dinámicas que le dan sentido a ser joven y no prestarse a la guerra en la típicamente conocida Comuna 13 de Medellín, donde la muerte ya connota un criterio distinto a la tragedia y más cercana a la vida, el arte y el cuerpo hecho comunicación y lienzo de expresión.

En Cali, se destacan los proyectos *Biblioguetto* en la Comuna 6, barrio Petecuy. Una estrategia de promoción de la literatura infantil y juvenil, desde los gustos que esta población expresa y no desde la obligatoriedad escolar. También debe resaltarse el proyecto audiovisual del cineasta Oscar Hincapié: "Petecuy, la película", que describe el proceso de cómo es hacer una película con actores naturales, varios de los cuales mueren durante el rodaje; pero detrás de cámara está el gusto por actuar, cantar, bailar, producir, crear y competirle a las armas con proyectos artísticos sugestivos.

En los anteriores elementos se expresan a grandes rasgos claros ejemplos de resistencias a las violencias estructurales, en una sociedad donde el poder no viene de un solo Estado sino que también lo ostentan *para-estados* y grupos que desde la sombra se han tomado el mando de los barrios empleando el terror y la zozobra para implantar una ley del silencio y una lógica de injusticia social disfrazada de búsqueda de orden que corroe la memoria haciendo más difícil y complejo que los jóvenes se identifiquen con la ciudad como un territorio para ser libres o para habitarla de forma abierta y con sentido de tranquilidad.

Frente a lo anterior, se percibe la sintonía de una lógica de ciudad y territorio que involucra razones sociales, culturales e históricas que explican parcialmente la rivalidad y la confrontación (Bruni-Celli et al., 2011; Tobón, 2012) en las múltiples facciones y tendencias de las hinchadas en contraste con la lógicas de organización de la convivencia en versión de la diferencia del otro (Duarte-Duarte y García-Botero, 2011), donde el fútbol se convierte en una vivencia y encuentro de tendencias de ciudad en pro de un símbolo que va desde la camiseta hasta el trapo como símbolos.

Ello se asocia con las *resistencias directas*, donde el cuerpo emerge como lugar inicial de las memorias; es usado como el primer espacio para responder a la violencia (Vestirse, adornarse, tatuarse o marcarse, peinarse es una oda a la libertad) (Delgado, 2007) El cuerpo como espacio habitable de autonomía y libertad es el punto de encuentro con la violencia y la paz en la confrontación de imágenes y de historia de ciudad (Feixa et al., 2014; Garcés et al., 2009; Higueta, 2012), en las que el lugar del sujeto individual se transforma y subsume de forma frecuente en un mismo escenario y momento con la de un grupo o barra que resalta la condición de identidad individual respecto

de la condición de grupo (Botvin et al., 2006; Merrilees et al., 2014; Zuluaga et al., 2013), pero también refleja las crisis identitarias (Martin-Barbero, 2004).

Entre tanto *las resistencias estructurales obedecen a una expresión frente a la violencia que se genera al interior de la cultura juvenil*; jóvenes y adultos de diferentes clases sociales se han dado a la tarea de construir una subcultura pacifista que les permita vivir su cuerpo libremente sin ser estigmatizados, y sin tampoco romper los límites de la imagen venerada por cada grupo o barra (Shankar et al., 2009). Son muchos los grupos, que sin querer mostrarse como pacifistas y políticos, trabajan en la convivencia pacífica en las comunas de Medellín y Cali con aspectos sustentables y sostenibles en el tiempo, lo que de hecho se ha representado a nivel de la mesa de convivencia en el fútbol en la ciudad (Vélez, 2011), y que busca constituir un territorio del no miedo y del respeto por la diferencia, no importa la bandera, tal como se ha mostrado en el trabajo en territorios de escuelas para desarrollar condiciones de no violencia (Brookmeyer et al., 2006; Lopera, 2012).

Consideraciones finales

La relación de las corporalidades con los fenómenos de violencias, pero también con las no violencias es parte connatural de cualquier comprensión que se haga respecto de las realidades juveniles en distintos niveles y escenarios. En este sentido, se resalta como perspectiva para siguientes estudios e intervenciones la concepción de territorialidad y cuerpo, por cuanto es precisamente en tal vínculo que se dan las acciones de violencia, pero también las acciones de paz. Bajo tal condición, se reconoce el lugar de un cuerpo psico-socio-cultural en el que como lugar multidimensional subyace y se orienta cualquier acción preventiva o comprensiva de la violencia y no violencia. No son posibles acciones frente a la violencia (bien sea para comprenderla o intervenirla) en la población joven que no vinculen las corporalidades.

Precisamente, es este marco en donde tienen cabida las resistencias simbólicas, estructurales y directas como opciones para enfrentar las violencias; ello se da por una razón sencilla: vinculan el sujeto y por tanto sus corporalidades y subjetividades en pleno. El concepto de resistencias a la violencia a la par de las corporalidades constituye en la actualidad un reto para la comprensión en el campo las humanidades y las ciencias sociales. Aunque para el caso del presente capítulo en contexto de la obra se asocia al fútbol principalmente, en realidad puede tener cabida en cualquiera cantidad de matices de las prácticas juveniles, tanto en problemáticas complejas (violencias) como en condiciones de potenciación de capacidades (emprendimiento, deporte, cultura, etc.), y

las condiciones asociadas al género, sexualidad y relacionamientos, tal como se evidencia en el siguiente capítulo.

Referencias

- Ahern, J., Stuber, J. y Galea, S. (2007). Stigma, discrimination and the health of illicit drug users. *Drug and alcohol dependence*, 88(2), 188-196. <https://www.sciencedirect.com/science/article/abs/pii/S0376871606004133>
- Barron, M. y Bradford, S. (2007). Corporeal Controls Violence, Bodies, and Young Gay Men's Identities. *Youth & Society*, 39(2), 232-261. <https://doi.org/10.1177/0044118X07307767>
- Body-Gendrot, S. (2005). Deconstructing youth violence in French cities. *European Journal of Crime Criminal Law and Criminal Justice*, 13(1), 4-26. <https://doi.org/10.1163/1571817053558275>
- Bourdieu, P. (1999). Meditaciones pascalianas. Intersticios. *Revista Sociológica de Pensamiento Crítico*, 2(2), 261-263. <http://www.intersticios.es/article/view/2734>
- Botvin, G. J., Griffin, K.W. y Nichols, T. D. (2006). Preventing youth violence and delinquency through a universal school-based prevention approach. *Prevention science*, 7(4), 403-408. <https://link.springer.com/article/10.1007%2Fs11121-006-0057-y>
- Brookmeyer, K.A., Fanti, K.A. y Henrich, C.C. (2006). Schools, parents, and youth violence: A multilevel, ecological analysis. *Journal of Clinical Child and Adolescent Psychology*, 35(4), 504-514. https://doi.org/10.1207/s15374424jccp3504_2
- Bruni-Celli J. y Plaza-Angeli, M. (2011). Medellín del terror a la convivencia. *Debates IESA*, 16(3), 31-36. <http://virtual.iesa.edu.ve/servicios/wordpress/wp-content/uploads/2013/09/bruni.pdf>
- Delgado, M. (2007) *Sociedades movilizadas. Pasos hacia una antropología de las calles*. Barcelona, Editorial Anagrama.
- Duarte-Duarte, J. y Garcia-Botero, G. (2011). Contextualización de la problemática. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 9(2), 27-44. <http://158.69.118.180/rfcsnj/index.php/Revista-Latinoamericana/article/view/565>
- Feixa, C., Sánchez-García, J. y Nofre, J. (2014). Del altermundialismo a la indignación: Cronotopos del activismo político juvenil en Barcelona. *Nueva sociedad*, (251), 87-99. <https://repositori.udl.cat/handle/10459.1/48954>
- Darder, A. (2010a). Schooling bodies: critical pedagogy and urban youth. *Fine print*, 35(2), 3-10. http://www.valbec.org.au/fineprint/archive/2012/fp_2012-02.pdf#page=4
- Fluri, J.L. (2009). Geopolitics of gender and violence 'from below'. *Political Geography*, 28(4), 259-265. <https://doi.org/10.1016/j.polgeo.2009.07.004>

- Garcés, M. Á., Tamayo, P.A. y Medina, H., J. (2009). Como Un Tatuaje... Identidad y Territorios en la Cultura Hip Hop de Medellín. *Educación física y deporte*, 25(2), 11-25. <http://bibliotecadigital.udea.edu.co/handle/10495/6324>
- Gonzales, O. F. (2017). Ciudadanías en tiempos violentos; la declinación de las reglas sociales y la emergencia de nuevos procesos cognitivos. En MJ Niño, P Valencia y G Ruiz. (Coords.) *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina* (pp. 19-46). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Haesbaert, R. (2004). *Dos múltiplos territórios à multiterritorialidade*. Porto Alegre: Leya.
- Higuaita, A., K. (2012). *Jóvenes del territorio rural en el contexto de la expansión urbana Estudio de caso Corregimiento San Cristóbal Medellín–Colombia 2005-2010* [tesis maestría]. Instituto de Altos Estudios del Desarrollo de Ginebra-Suiza 2012. International Master Advance Studies en estudios del Desarrollo (IMAS) - Corporación Ecológica y Cultural Penca de Sábila.
- Hustvedt's, S. (2011). The Inadequacy of Symbolic Surfaces": Urban Space, Art, and Corporeality. In Rosenthal, C. *New York and Toronto Novels after Postmodernism, explorations* (pp. 73-97). New York: Cambdem House.
- Jiménez, D. A. (2017). Violencia, escuela y educación en derechos humanos: contexto latinoamericano para la producción de ciudadanía. En M J Niño, P Valencia y G Ruiz (Coords.) *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina* (pp. 145-160). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Le Breton, D. (2011). *Cuerpos sensibles*. Santiago: Ed. Metales pesados.
- Lopera, J. A. (2012). *La vida da muchas vueltas" Transiciones, cambios e identidad social en las historias vitales de jóvenes ex_auc en el proceso de reinserción a la vida civil* (tesis de maestría). Medellín: Universidad de San Buenaventura, Facultad de Psicología.
- Lugo, A.V. (2003). *Ser joven es: investigación sobre el significado que tiene ser joven para los jóvenes de la comuna 2 y 5 de la ciudad de Manizales*. Manizales: Universidad de Manizales, Facultad de Psicología, Proyecto Juventud Manizales 2000.
- Martin-Barbero J. (2004). Crisis identitarias y transformaciones de la subjetividad. En J Martín-Barbero, G Daza y M Zuleta. *Debates sobre el sujeto. Perspectivas contemporáneas* (p33-45). Bogotá: Universidad Central.
- Merrilees, C. E., Taylor, L.K., Goeke-Morey, M. C., Shirlow, P. y Cummings, E.M. (2014). Youth in contexts of political violence: A developmental approach to the study of youth identity and emotional security in their communities. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 20(1), 26-38. <https://doi.org/10.1037/a0035581>
- Niño, M. J., Valencia. L.P. y Ruiz, R. G. (Coords.) (2017). *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina*. Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.

- Núñez, A.C (2004). Jóvenes universitarios y salud: Vivir la universidad. [Tesis de Maestría en Educación. Docencia]. Manizales: Universidad de Manizales. <https://doi.org/10.13140/RG.2.2.26609.38246>
- Payne, P.G. and Wattchow, B. (2009). Phenomenological deconstruction, slow pedagogy, and the corporeal turn in wild environmental/outdoor education. *Canadian Journal of Environmental Education (CJEE)*, 14(1), 15-32. <https://eric.ed.gov/?id=EJ842737>
- Ruiz, R. G. y Vásquez, A. J. (2017). Perder el territorio, despojar la memoria: una aproximación analítica a los estudios sobre desplazamiento forzado en Antioquia (2000-2012). En P Valencia (Coord.). *Desplazamiento forzado. Estado de la cuestión y perspectivas* (pp. 137-161). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Sabina, C. and Banyard, V. (2015). Moving toward well-being: The role of protective factors in violence research. *Psychology of Violence*, 5(4), 337-342. <https://doi.org/10.1037/a0039686>
- Shankar, A., Elliott, R. and Fitchett, J. A. (2009). Identity, consumption and narratives of socialization. *Marketing Theory*, 9(1), 75-94. <https://doi.org/10.1177/1470593108100062>
- Sundberg, R. (2014). Violent values: Exploring the relationship between human values and violent attitudes. *Peace and Conflict: Journal of Peace Psychology*, 20(1), 68-83. <https://doi.org/10.1037/a0035651>
- Tobón, S.A. (2012). Una arqueología de la violencia en Medellín: de la "la ambición rompe el saco" a "la ocasión hace al ladrón". *Revista Electrónica de Psicología Social «Poiésis»* 12(23), 1-4. <https://www.funlam.edu.co/revistas/index.php/poiesis/article/view/317>
- Valencia, L. P. (2017a). Marginalización urbana: entre la violencia y la paz. Análisis de sus equilibrios dinámicos: El caso Medellín. En MJ Niño, P, Valencia y G Ruiz (Coords.) *Ciudadanías emergentes y transiciones en América Latina* (pp. 67-92). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Valencia, L. P. (2017b). La iniciativa de soluciones de transición desde el modelo de integración local en áreas urbanas: respuesta a los desafíos del desplazamiento forzado intraurbano: el caso de la casa de derechos de la vereda Granizal, municipio de Bello, Colombia. En P Valencia (Coord.) (2017). *Desplazamiento forzado. Estado de la cuestión y perspectiva* (pp. 99-136). Medellín: Sello editorial Universidad de Medellín.
- Vélez, B. (2011). *Fútbol desde las tribunas. Pasiones y fantasías*. Medellín: Sílabas editores
- Zuluaga, L. L y Vélez, M. M. (2013). *Prácticas de resistencia de jóvenes skaters de la ciudad de Medellín* [Tesis doctoral]. Medellín: Pontificia Universidad Bolivariana.